



CARDÚS, S., *Bien educados. Una defensa útil de las convenciones, el civismo y la autoridad*. Paidós, Barcelona 2006, 131 páginas.

Julián Arroyo

En este libro se dicen cosas que pueden resultar sorprendentes para los tiempos que corren y, sin embargo, no dejan de ser de puro sentido común. Y se hace con verdadero convencimiento por parte de un autor que se confiesa progresista y no conservador, porque parece que la educación ha sido siempre un asunto de derechas conservadoras y de gente bien. Aquí se reivindican cosas como civismo, autoridad y convenciones en forma de elementos revolucionarios y al servicio del progreso social y político. Se propone, además, a la generación del cambio que emprenda una seria autocrítica, porque ser maleducados implica grandes problemas para la convivencia. El autor es profesor titular de Sociología en la Universidad Autónoma de Barcelona.

Para proponer lo que aquí se dice no es necesaria ninguna solemnidad: “He escrito unas líneas sobre la eterna cuestión del civismo” (página 18). Estas líneas tienen su origen en un ciclo de conferencias que la Fundación Caixa Sabadell encargó al autor, lo que le permitió reflexionar sobre ideas que tenía desde hace tiempo y darles un enfoque propio: “El civismo, pues, al servicio de la crítica social, no de los reaccionarios” (página 19). Desde aquí redacta apenas cuatro capítulos para plantear el tema.

En el primer capítulo hace un elogio de las convenciones. Entiende el civismo relacionado con las mismas: “El civismo es...una cuestión de convenciones sociales prácticas al servicio de la buena organización de la convivencia” (página 21). Es una manera de enfocar el tema y más de cara a un público amplio, pero creo que habría que ir mucho más allá, hasta concluir en la referencia a la identidad personal y colectiva de los seres humanos. Civismo implica la responsabilidad del individuo ante la



colectividad y la de las instituciones para preservar los bienes sociales, que deben ser compartidos con orgullo.

En descargo del autor, puede que la idea anterior sea más teórica para entrar en el asunto, porque lo que él se propone es “la dimensión práctica de la buena educación cívica” (página 22). Las convenciones son simples acuerdos tomados en un momento determinado que otros acuerdos podrían modificar, pero Cardús no se olvida de su justificación: son prácticas que “posibilitan la convivencia” (página 23). Y la convivencia es una cosa muy seria y por eso las convenciones son tan necesarias.

La relación del civismo con las formas y convenciones lleva a la tesis, defendida por el autor, de que “la educación cívica no es única o principalmente una cuestión de valores” (página 35), aunque nos acerque al fondo de los mismos. Hace bien en matizar esto, porque, en mi opinión, las relaciones se encuentran muy próximas. Esta tesis le permite responder a la objeción fuerte de muchas corrientes conservadoras en el sentido de mantener la crisis de valores en la sociedad contemporánea. Para el autor se trata de “una crisis de formas, de convenciones prácticas” (página 37) y no de una degradación moral. Es una salida airosa, que no sé si convencerá a los partidarios de la última tesis.

El capítulo termina con otra importante matización: la educación cívica tiene que ver con sentimientos y afectos, es decir, que establece “vínculos emocionales maduros con la comunidad en la que tenemos que convivir” (página 45). Sí, es cierto, pero yo ampliaría lo de ‘emocionales’ a otros costados, además.

En el capítulo segundo trata especialmente de las *formas* y su necesidad. Empieza por afirmar que “la espontaneidad no existe en la vida social” (página 49), lo que va mostrando con ejemplos de la vida cotidiana. Son tantos los condicionamientos exteriores a nosotros que “raras veces somos los protagonistas de nuestra propia historia” (página 54). Aunque las formas sólo sean formas, el fondo no se ve sino a través de alguna forma concreta, es decir, que “un buen fondo no surge prescindiendo de las formas” (página 58). Por ejemplo, en educación la disciplina es sólo una forma, pero muy necesaria para el aprendizaje de uno mismo e igualmente del resto de usuarios. En cambio, las culturas son mucho más que formas. Cardús critica la



multiculturalidad porque no es posible vivirla desde fuera, sino mediante una participación leal en una cultura determinada que tiene siempre sus diferencias. Precisamente las convenciones suavizarían tantas diferencias, que empezarían a no ser tan imprescindibles. Lo que hace la espontaneidad es expulsar la autoridad y condenar la obediencia, por eso Cardús da tanta importancia a las formas.

Ahora hay que tratar de la autoridad, lo que hace el capítulo tercero. La tesis del autor es aquí también clara y firme: “La educación, para ser eficaz, necesita una autoridad visible, maestros que guíen de manera ejemplar, padres que sepa decir «no» y marcar límites con seguridad” (página 82). En educación hay autoridad, pero incompetente e invisible por causa del concepto de *motivación*. Según el autor, hemos entendido tan mal la motivación que se ha conseguido eliminar obstáculos y límites y diluir el trabajo individual para refugiarse en el grupo. Así no se educa la voluntad individual. Además, uno llega a ser seducido, lo que acaba con la obediencia transparente. Por eso el educador se convierte en un animador o presentador, que nunca formará en “una conciencia crítica” (página 79), que es el objetivo último de la educación para que pueda asumirse la obediencia al maestro.

El último capítulo está dedicado a la educación que tiene lugar en una sociedad diversa. Ante la diversidad no puede establecerse un modelo educativo único como antaño, sino proyectos integrados que atiendan a la complejidad de la situación. Para Cardús esto es muy positivo. Ya no educamos para lograr el ascenso social, porque, afortunadamente, hemos pasado de la escasez al “bienestar material y cultural” (página 103). Hoy el objetivo de la educación es responder a la incertidumbre moral, por eso “la educación cívica ahora pasará a ser un fundamento básico” (página 99).

La incertidumbre moral, con la ausencia de un modelo único, produce un mayor agotamiento en los maestros. Pero no hay que olvidar que “tenemos problemas educativos porque vamos bien” (página 103), precisamente. No se olvida Cardús de precisar adecuadamente todo esto, porque de lo contrario quedaría en el aire. En este sentido hace cinco manifestaciones muy pertinentes: 1) no se deben tener “expectativas exageradas sobre el valor de la escuela” (página 106), 2) ni confundir las responsabilidades, 3) ni relacionarse con el entorno a la defensiva, 4) ni imaginarnos



que tenemos “unos individuos y una sociedad que han resultado inexistentes” (página 109), 5) ni tampoco pensar que la escuela puede cambiar el mundo.

Concluye Cardús con una fuerte crítica a las derechas que se han vuelto tan maleducadas: “es la derecha conservadora la que promueve más descaradamente la mala educación” (página 121). También da un varapalo a las instituciones que son incívicas y responsables, por ello, de la mala educación de la sociedad: el incivismo estructural afecta a la totalidad de los ciudadanos, como la contaminación acústica organizada, la acumulación de mercancías contaminantes, basuras en espacios públicos, normas poco adecuadas y no transparentes, etc.
